

ANÁLISIS CERÁMICOS DE LA CUEVA DE LA VAQUERA (TORREIGLESIAS, SEGOVIA)*

*Isabel L. Rubio
M.^a Concepción Blasco*

RESUMEN.— La obtención de una nueva datación, por termoluminiscencia en este caso, para la Cueva de la Vaquera (Segovia): 3.032 ± 336 a.C., así como de datos sobre la tecnología cerámica allí desarrollada (decanación más elaborada y mayor temperatura de cocción para las cerámicas decoradas y posibilidad de uso culinario para las lisas, etc.), proporcionan la oportunidad de evaluar culturalmente este yacimiento en relación con lo conocido sobre otros grupos neolíticos peninsulares.

SUMMARY.— The appearance of a new date, obtained by TL in this case, for the Cueva de la Vaquera (Segovia): 3.032 ± 336 a.C., and of technological data on pottery making in the same settlement as well (more elaborate clay and higher temperatures for decorated vessels, the possibility of using plain ware for cooking, etc.), provided de opportunity to evaluate this settlement from the point of view of culture and by relationship with others neolithic groups of the Iberian Peninsula.

I. La Cueva de la Vaquera en el contexto del Neolítico peninsular a partir de la tecnología cerámica y de una fecha de TL

Una nueva datación de cronología absoluta, obtenida en este caso por termoluminiscencia, viene a agregarse a las ya existentes para el Neolítico peninsular. Al interés del método empleado y de la procedencia de la muestra: el yacimiento segoviano de la Cueva de la Vaquera (Torreiglesias), se unen los datos sobre tecnología cerámica que se desprenden del análisis mineralógico realizado con el fin de conocer el por qué de la imposibilidad de obtener mediciones de termoluminiscencia en siete de las ocho muestras procesadas. Con estos análisis se inicia la creación de un banco de datos que permita, al recién creado laboratorio de TL, saber cuáles son las dificultades que pueden presentarse en futuros trabajos sobre materiales

procedentes de contextos ambientales y culturales similares. Paralelamente, esta analítica nos ha ofrecido datos valiosísimos sobre el proceso de fabricación de estas cerámicas primitivas, del que se desprende importantes aspectos sobre el nivel técnico y sobre el propio significado de los productos cerámicos.

Las muestras fueron tomadas en el curso de los trabajos de excavación llevados a cabo bajo la dirección de D. Juan Carlos Iglesias de la Universidad de Valladolid, a quien desde aquí queremos agradecer las facilidades prestadas en todo momento. Las muestras 1, 2 y 5 fueron tomadas del nivel de base de la cueva, que pertenece a un claro contexto Neolítico. Los fragmentos 3, 4 y 6 se obtuvieron del perfil C, del citado investigador que corresponde también a un ambiente Neolítico, mientras que las muestras 7 y 8 proceden de unos estratos del perfil A que se identifican con un contexto de la Edad del Bronce, lo que permite hacer un estudio comparativo diacrónico.

* Este trabajo ha sido realizado dentro de la investigación llevada a cabo por el proyecto subvencionado por la D.G.I.C.Y.T. (PB 87 0091-C02-00).

Los análisis se han llevado a cabo con arreglo a los distintos procedimientos que se especifican en la segunda parte de este trabajo:

— un estudio mineralógico por difracción de rayos X (DRX) que permite conocer los minerales de que se componen las cerámicas,

— un estudio térmico (ATD y DG) que permite determinar las temperaturas de cocción de las cerámicas,

— un análisis de estructura, textura y composición química realizado por microscopía electrónica de barrido (SEM-EDAX) y

— un estudio por lámina delgada al microscopio petrográfico para conocer los desgrasantes.

Los pasos seguidos en la aplicación de dichos análisis, así como su utilidad quedan suficientemente explicados más adelante, por lo cual nos limitaremos aquí a valorar tanto los unos como la otra, con respecto a otros estudios ya realizados en la Península Ibérica para el mismo periodo cultural.

Así, las consideraciones que nos proponemos hacer se articulan fundamentalmente en torno a dos cuestiones que se ponen de manifiesto en los resultados de los citados análisis, a saber:

— la tecnología empleada en la fabricación de los fragmentos cerámicos estudiados y su aportación al conocimiento de la alfarería neolítica peninsular y

— la datación por TL de un yacimiento meseteño que, por su misma situación geográfica, pudo plantear determinadas dificultades de interpretación y del que, por otra parte, existía ya una fecha radiocarbónica, estimada como problemática en el momento de su publicación, y su posición en el contexto de las demás dataciones neolíticas existentes.

Afortunadamente, el Neolítico peninsular cuenta con estudios de tecnología cerámica llevados a cabo a partir de los hallazgos de dos áreas de gran riqueza cultural en este momento: el área valenciana y la andaluza, y para tipos cerámicos sumamente representativos como la impresa cardial y las lisas posteriores a ella para la primera de las dos zonas, y la cerámica a la almagra para la segunda.

El tipo de análisis empleado varía según los casos, pero siempre son similares: microscopio binocular, difracción por rayos X y microscopio electrónico (GALLART, M.^a D., 1980), o bien, además de los dos primeros, el análisis químico mediante colorimetría para determinar el contenido de hierro en las cerámicas andaluzas (CAPEL, J. *et al.*, 1982; CAPEL, J. *et al.*, 1984; CAPEL, J. *et al.*, 1986 y NAVARRETE, M.^a S. y CAPEL, J., 1980).

Resumimos brevemente a continuación los resultados obtenidos en ambos casos, ya que éstos nos permitirán establecer términos de comparación para los nuestros, remitiendo no obstante y para mayor información, a las publicaciones que se señalarán.

GALLART (1980, págs. 59-60) hace notar la posibilidad de caracterizar vasos fabricados de una forma similar e, incluso, agrupar fragmentos pertenecientes a un mismo vaso aún cuando éste no sea reconstruible, además naturalmente de conocer tipos de desgrasantes, engobes, porosidad de la pasta, etc.. Nos parece de especial interés esta circunstancia, ya que como la misma autora pone de manifiesto, podría permitir superar la pura clasificación tipológica de las cerámicas, porque podría hacerse por otros procedimientos. Es decir, supone una aportación más que añadir a los datos sobre la fabricación de las primeras cerámicas peninsulares.

Las muestras cerámicas del País valenciano corresponden a la Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante: 557 fragmentos del sector J-4), Cova Bernarda (Palma de Gandía, Valencia: 6 fragmentos sin decoración ni estratigrafía conocidas), Cova del Barranc Fondo (Játiva, Valencia: 8 fragmentos, de los cuales dos eran de cerámica impresa cardial, cinco sin decoración y uno a torno, posterior por lo tanto, sin situación estratigráfica ninguno de ellos), en este caso además, se analizaron muestras de tierra de los alrededores de la cueva y del interior de la misma para intentar determinar el origen de las cerámicas. De la Cova de la Sarsa (Bocairente, Valencia), se estudiaron 6 fragmentos sin decoración ni estratigrafía y, por último, de la Cova de les Cendres (Morarira, Alicante), se analizaron 4, 2 con decoración impresa cardial, uno con decoración acanalada y otro con un cordón decorado con incisiones, no teniendo ninguno de ellos procedencia estratigráfica (GALLART, M.^a D., 1980, págs. 58-59).

Naturalmente, las muestras de Cova de l'Or son las más representativas por su número, procedencia estratigráfica y datación radiocarbónica de algunos de los estratos (4.770 y 4.680 a.C. para el primer horizonte neolítico, reflejado en los niveles VI y V, y 4.030 a.C. para el momento de auge de las decoraciones no cardiales y el inicio de la extinción de la cerámica impresa cardial, en los niveles IV y III) (MARTÍ, B. *et al.*, 1980, págs. 13-26).

Las cerámicas del yacimiento alicantino corresponden, fundamentalmente, a dos tipos diferentes: el de la cerámica impresa cardial y el de las lisas y decoradas con otras técnicas (GALLART, M.^a D. en MARTÍ, B. *et al.*, 1980, págs. 165-173). Los primeros se han

fabricado a partir de una materia prima más pura, con una proporción de minerales arcillosos más elevada y sin inclusiones cristalinas. El resto son de pastas más toscas con inclusiones cristalinas de cuarcita y superficies más porosas. Ello debe valorarse teniendo en cuenta, además, las formas y dimensiones variadas, lo mismo que los elementos de presión determinados para las vasijas impresas cardiales (El Neolítico..., 1987, págs. 47 y 92), además de los motivos decorativos recientemente publicados, relacionables con el arte rupestre (El Neolítico..., 1988).

No obstante, se ha distinguido después a partir de lo señalado, otra serie de grupos o conjuntos que determinan una evolución tecnológica (GALLART, M.^a D., 1980), que se resumiría de la siguiente manera. En los estratos más profundos (VI y V, de principios del V^o milenio) aparece una cerámica de una gran perfección en su técnica de fabricación, con predominio absoluto de impresas cardiales, y destinada fundamentalmente a contener.

El estrato IV (mitad del V^o milenio) está dominado por un tipo de cerámica muy semejante, pero algo más tosco. Predominan aún las impresas cardiales. En los estratos III y II, hace su aparición una cerámica con inclusiones cristalinas toscas de calcita y tratamiento de las superficies distinto a los anteriores. No aparece decoración cardinal, pudiendo considerarse recipientes para cocinar, ya que son aptos para ser puestos al fuego. La causa de utilizar la calcita podría deberse a su propiedad como fundente, favoreciendo «la vitrificación en temperaturas de cocción baja» (WALKER, M., 1990, pág. 75), por lo que se podían obtener recipientes de bastante consistencia y, por tanto, aptos para usos culinarios, sin necesidad de alcanzar niveles térmicos muy elevados durante su cocción. Únicamente los fragmentos con algún tipo de decoración (no cardinal) han sufrido un tratamiento especial de las superficies, estando el resto alisado sin más (GALLART, M.^a D., 1980, págs. 88-89).

Los fragmentos más cuidados presentan perforaciones de lañado, debido seguramente al cuidado con que se han tratado, dado lo complejo de su tecnología. Por otro lado, el bruñido, además de servir de base a la decoración impermeabiliza, mientras que el alisado deja la superficie porosa. La cocción en todos los casos se realizó en una hoguera al aire libre, no sobrepasando en ningún caso los 500° de temperatura (GALLART, M.^a D., 1980, págs. 75-84).

Los datos del resto de los yacimientos se han paralelizado con lo expuesto, debiéndose al de Barranc Fondo la interpretación del origen local de las cerámi-

cas que, evidentemente, deberá ser ampliado con análisis de arcillas de otros yacimientos.

Los resultados relativos a los estudios de cerámica a la almagra tenían como objetivo inicial determinar la composición de la pintura o del engobe característico de este tipo cerámico, la temperatura de cocción, grado de adherencia, lugar de origen de las cerámicas, posibles usos, etc. (CAPEL, J., 1986). Partían, en todo caso, de considerar la almagra como un engobe rojo, oscilando entre pintura propiamente dicha o aguada, según la mayor o menor compacidad de la misma (NAVARRETE, M.^a S. y CAPEL, J., 1980, págs. 15-16).

Se han estudiado por los procedimientos citados fragmentos cerámicos de la Cueva de la Carigüela (Piñar, 50 muestras), yacimiento que dispone de una amplia secuencia neolítica, pero no de dataciones absolutas y donde la almagra caracteriza, en mayor o menor medida, los distintos momentos neolíticos (NAVARRETE, M.^a S. y CAPEL, J., 1980), de la Cueva de Malalmuerzo (Moclín), del poblado de Los Castillejos (Montefrío), de la Cueva del Coquino (Loja), de La Molaina (Pinos Puente), de la Sima del Conejo, Sima Rica, Cueva de la Mujer y de los Molinos en Alhama, Las Majólicas (Alfácar) y de la Cueva del Capitán (Salobreña), yacimientos granadinos todos ellos, pertenecientes a distintos momentos del Neolítico (CAPEL, J. *et al.*, 1982; CAPEL, J. *et al.*, 1984 y CAPEL, J., 1986).

El estudio de las cerámicas de la Carigüela permite suponer el empleo de un doble proceso de cocción que puede quedar bien explicado para la almagra, pero que puede también plantear problemas cuando ésta se halla asociada a otras técnicas decorativas. La primera cocción oscila, en la mayoría de las muestras, entre 800° y 750° y, una vez frío el vaso y recubierto de la capa de pintura roja, se procedería a la segunda que no sobrepasaría los 400°-350°. Tras la primera cocción, las vasijas podrían ser sometidas a alisado o espatulado y a bruñido tras la segunda, generalmente solo en la superficie exterior. Otra alternativa es que lo estén en ambas superficies, dependiendo de ello los aspectos brillantes o mates de las mismas. Muchos de estos vasos sólo han sido pintados al exterior y persiste el problema de las decoraciones impresas o incisas realizadas en crudo, donde se aprecia el color de la misma pasta, por lo que cabe suponer la existencia de un procedimiento empleado para evitar que éstas se impregnaran de la pintura (NAVARRETE, M.^a S., y CAPEL, J., 1980, págs. 20-22).

De nuevo, lo más significativo parece corresponder a un yacimiento con mejor situación estratigráfi-

ca, pero también por el número de muestras estudiadas procedente del mismo. En general, todas las de Carigüela reflejan un alto contenido en hierro. Es significativo que, en el horizonte del Neolítico antiguo se hallara algún pequeño cuenco con restos de haber contenido ocre y, en el mismo estrato (XIV), hubiera algunos trozos de mineral de hierro, hallazgo que se repite en la Cueva del Agua (CAPEL, J. *et al.*, 1984, pág. 98). Es en estos estratos donde la almagra es relativamente abundante, apareciendo sola o combinada con otras técnicas como la impresa cardial, en cuyo caso la pintura es de mejor calidad, así como las mismas pastas de las vasijas. Estos niveles indican una cierta variedad de calidades en pastas y engobes que suelen coincidir con el mayor o menor cuidado (NAVARRETE, M.^a S., y CAPEL, J. 1980, págs. 22-23).

Ello se mantiene en los niveles superiores, medios y finales, con coincidencia de mejor calidad con técnicas decorativas que no tienen por qué ser cardiales, ya que ésta además se hace menos frecuente, como también la propia almagra de la que se constata una clara degeneración (NAVARRETE, M.^a S., y CAPEL, J., 1980, págs. 25-26). Sin embargo, se sigue encontrando en el horizonte calcolítico y aún después. No obstante muchos yacimientos clasificados como del Neolítico medio y final andaluz ofrecen abundantes cerámicas a la almagra (NAVARRETE, M.^a S., y CAPEL, J., 1980, págs. 31-32).

Más tarde, se intentaron precisar algunas cuestiones planteadas en los trabajos que vamos citando. Para ello, además del correspondiente análisis cerámico de algunos de los yacimientos indicados, se intentó reproducir en el laboratorio el sistema de manufactura de las cerámicas a la almagra (CAPEL, J. *et al.*, 1984). Se concluyó que la almagra era fabricada a partir de la mezcla de arcilla y hematites en proporciones variables, según se quisiera proceder a elaborar almagra o aguada. El engobe parece haber sido una cocción algo defectuosa de almagra. La decoración de la vasija se efectuó cuando ésta se había secado al aire, introduciéndose después en el horno (suponemos que se refieren los autores al del laboratorio y no a la utilización del mismo por los alfareros neolíticos). El color de la pintura dependería de la atmósfera reductora (pardo o marrón) u oxidante (rojo), que favorecería o no la formación de maghemita. Las decoraciones que contienen un mayor porcentaje de la misma son los engobes (CAPEL, J. *et al.*, 1984, pág. 114).

Por otra parte, los datos de algunos análisis han permitido comprobar que el material empleado es el existente en la zona donde se encuadran los yacimien-

tos. El desgrasante puede estar en el propio sedimento y es de grano fino o puede ser añadido (pequeños trozos de cerámica y de sílex).

En el caso de algún fragmento con decoración cardial se ve cómo la superficie se ha retocado con una arcilla más fina. También se ha podido documentar el modelado mediante rollos o a partir de una masa de arcilla. Las que tienen superficies más cuidadas tienen el grano más fino y suelen coincidir con ollas y cuencos. Los fragmentos de cerámica esgrafiada están hechos a partir de un material altamente seleccionado, denotando una homogeneidad en la composición aunque procedan de yacimientos distintos. Seguramente, se dieron técnicas locales y también una intencionalidad centrada en la fabricación de una u otra forma cerámica (CAPEL, J. *et al.*, 1982, págs. 108-109).

A estos datos vienen a unirse las cerámicas analizadas aquí, en total 8 muestras procedentes en su totalidad de la Cueva de La Vaquera. Las M1, M2 y M5 pertenecen al nivel de base neolítico, las M3, M4 y M6 al perfil C (Neolítico) y las M7 y M8 al perfil A (Bronce). Los fines de este estudio eran conocer las técnicas de preparación de las cerámicas y el origen de los materiales, además naturalmente de la correspondiente datación.

Concretamente en el yacimiento segoviano se ha evidenciado que en los niveles inferiores conviven las cerámicas ornamentadas con las lisas, pero lo más significativo son las diferencias observadas en la ejecución de ambas series. Así, aunque unas y otras muestran un porcentaje de desgrasante similar, que está en torno al 30%, la muestra decorada presenta un grano sensiblemente más fino, producto de una decantación más elaborada en la que pocos elementos alcanzan 1 mm., además, su cocción ha superado los 500°, doblando prácticamente la temperatura alcanzada por las muestras de cerámicas lisas procedentes del mismo nivel. Por lo demás, ninguno de los componentes de las pastas de estas cerámicas revelan una procedencia alóctona. Sin embargo hay un detalle que podría tener cierto interés, se trata de los indicios que presentan los fragmentos lisos de haber estado a temperaturas en torno a los 500°, durante un tiempo muy corto. Este hecho podría explicarse por dos causas, por un avivado del horno de cocción, en el momento final o, lo que podría ser más probable, por su utilización como recipientes de cocina.

Las tres muestras del perfil C son lisas y presentan un grado de cocción y una proporción y grosor de los desgrasantes que no se aleja mucho de los fragmentos lisos del nivel de base, por lo que podríamos con-

cluir que no se observa un cambio sustancial en la tecnología. Así mismo registran indicios de haber sufrido altas temperaturas, durante un corto espacio de tiempo, lo que podría interpretarse de igual forma que en los fragmentos del nivel de base, es decir, por su utilización como recipientes de uso culinario. Sin embargo hay un dato de especial relieve, se trata de la presencia de desgrasantes de origen metamórfico, un tipo de rocas que no se encuentra en el entorno inmediato de la cueva y que no puede proceder tampoco de arrastre del río ya que, al microscopio presenta perfiles angulosos. La explicación a este hecho podría encontrarse en el empleo de los restos de granito, procedentes de la confección de determinados útiles, como molinos y manos de moler, encontrados en algunos puntos de la cueva (ZAMORA, A., 1976), como cantera para la obtención de desgrasantes, mediante un triturado previo, lo que explicaría los perfiles angulosos de estos componentes, frente a las formas redondeadas del resto. Por ello, aunque podemos confirmar que se emplea un material alóctono, su presencia en el yacimiento no se debe a una búsqueda específica para tal fin, sino a una idea de amortizar un material que originariamente se había transportado para otros fines y que resulta de mayor rentabilidad, al proporcionar una gran cantidad de mineral desgrasante, sin necesidad de aislar los diferentes elementos que lo integran. Este hecho nos permite reconocer la existencia de una fuerte interrelación entre las distintas actividades industriales, lo que favorece una productividad mayor.

Las dos muestras del perfil A (M7 y M8), pertenecientes a un contexto de la Edad del Bronce, evidencian una tecnología no demasiado alejada de la practicada por los grupos neolíticos, con temperaturas de cocción de las cerámicas que no superan los 300°, aunque hay indicios de haber estado sometidas, de manera poco prolongada, a temperaturas superiores, que alcanzarían los 500°, circunstancia que, como antes hemos explicado, puede deberse a la posible función culinaria de los recipientes.

De todas formas, las mayores diferencias de estas muestras se materializan en los desgrasantes que, por una parte, suponen un volumen más alto que en el Neolítico ya que representan alrededor del 50% de la pasta y, por otra, la propia naturaleza de los desgrasantes ya que abundan los feldespatos y las micas, mientras que el cuarzo es minoritario. La mayor proporción de desgrasantes en el volumen de la pasta cerámica supone una mejor homogeneidad al contar con una mayor cantidad de granos gruesos, lo que le da

al recipiente un aspecto mucho más tosco. Sin embargo, este menor refinamiento representa una ventaja práctica indudable, ya que el recipiente resulta mucho más resistente, sobre todo, en su exposición al fuego, para usos culinarios. Por ello podemos afirmar que se produce una evolución en la fabricación de la cerámica tendente a conseguir piezas mucho más consistentes, aunque ello suponga una mayor tosquedad del acabado final. Por otra parte, la escasa proporción de cuarzo nos ha planteado problemas a la hora de la datación ya que los otros minerales utilizados como desgrasantes (feldespatos y micas) no son buenos dosímetros. Se trata de un problema que habrá que tener en cuenta a la hora de futuras dataciones y que, en este caso, se suma a la baja temperatura a que han sido cocidas las cerámicas.

Este estudio que, evidentemente, deberá tener su continuación en muy variadas direcciones supone, además de un nuevo paso en el mejor conocimiento de las cerámicas neolíticas peninsulares, el único existente para las meseteñas en concreto. Con anterioridad, se había hecho para la Cueva de la Vaquera un estudio de calidades cerámicas (ZAMORA, A., 1976, págs. 57-71), que por supuesto hemos de tener en cuenta, aún cuando se basara exclusivamente en la observación de las mismas. Considerando los niveles inferiores atribuidos al Neolítico (XVIII-XXIII, figuras XVII-XX de la citada publicación), se pone de manifiesto cómo, al menos hasta el nivel XX, la cerámica más antigua es la de decantación regular (ZAMORA, A., 1976, págs. 64-65), la de decantación buena es la más elevada, decayendo hacia la transición a los niveles medios (Bronce I) y definitivamente en el XVII. La de decantación mala aumenta hacia la transición a los niveles superiores (Bronce II).

En los inferiores aparece la forma de botella, cuencos (intravasados, rectos y exvasados), no se dan las carenas y sí algún fondo plano y uno curvo. Se encuentran lo que se denomina como almagra y engobes claros en los acabados, una generalización de cerámicas incisas de distinto tipo, boquique, cordoncillos unguados o incisos, mamelones o impresiones, triángulos rellenos de paralelos y franjas de paralelas contorneadas por líneas de puntos. Las pastas en general son negras y ocres.

A modo de complemento, puede decirse que el material no cerámico se compone de lascas de sílex, un punzón de hueso, un molino, un fragmento de otro y una moledera.

Nos interesaría destacar el fragmento n.º 375 (ZAMORA, A., 1976, fig. XX), descrito como «de pas-

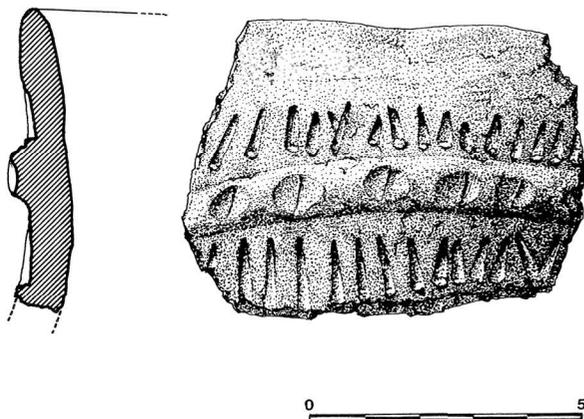


Figura 1. Fragmento cerámico procedente del nivel de base de la Cueva de la Vaquera del que se ha obtenido la fecha de 3.032 ± 336 a.C., por el método de Termoluminiscencia.

ta negra, algo decantada, deficientemente alisada y decorada con incisiones profundas» (ZAMORA, A., 1976, pág. 46), ya que es muy similar si no igual en cuanto a decoración al de la muestra M1 (Figura 1).

Los rasgos que parecen ser compartidos por las cerámicas neolíticas más antiguas, entre las que pueden incluirse las nuestras, ya que para la Meseta no conocemos otras anteriores (excepción hecha del problemático abrigo de Verdelpino que, en todo caso, se asimilaría al área levantina), son, por un lado, la fabricación local, las diversas técnicas según la función de la vasija y en este punto se incluiría la decoración o ausencia de ella, el cuidado puesto en una tecnología nueva en estas comunidades prehistóricas, e incluso una cierta complicación como lo demostrarían las almagras andaluzas (sería interesante analizar el resto de los engobes que las acompañan y los de las cerámicas meseteñas), y por otro, unas temperaturas variables, no muy elevadas en general pero con excepciones (la muestra M1 y, sobre todo, las almagras andaluzas), y su relación con ciertas formas.

En el caso de las cerámicas levantinas sabemos que las primeras no resistían una exposición continuada al fuego y, por otro lado, otros datos procedentes de las cerámicas andaluzas, señalan técnicas propias de una alfarería incipiente (modelado por rollos o a partir de una masa cerámica).

Cabría señalar, no obstante, que la tecnología cerámica no ofrece en la Península los titubeos característicos de una actividad que se inicia, sino que la encontramos ya como algo formado o incluso podría decirse que diversificado y especializado, con el conocimiento suficiente por parte del alfarero como para elegir materiales y técnicas en función de las formas y

utilidad de las vasijas. Sin embargo, el supuesto modelado de algunas de ellas, o las cocciones en hoguera a cielo abierto, concordarían con el hecho de que se trata de las cerámicas más primitivas.

Coinciden en un primer momento cerámicas decoradas, a veces profusamente y cuidadosamente fabricadas y preparadas para tal fin, con formas de variado tamaño (muy pequeño en ocasiones) y pastas que no permiten su uso en la cocina, por lo que habría que suponer otras funciones, como por ejemplo, la de contenedores (de ocre, en algún caso). A ello se unen, en la región valenciana, las perforaciones de lañas en cerámicas bien elaboradas que entrañan dificultades de fabricación y que avalarían lo costoso de la misma. En una palabra, seguramente en un primer momento, cabe suponer que no se trata de recipientes de uso común, accesibles a todos los componentes del grupo. En este sentido podrían apuntar también las decoraciones esquemáticas a las que ya se ha hecho alusión y cuya existencia sería necesario comprobar en otros yacimientos.

En el caso de las impresas cardiales, pues a ellas nos referimos, su existencia fuera de la Península no estaría reñida con esta idea, ya que evidentemente estos grupos no estaban aislados y, por otra parte, la similitud de determinados rasgos en industrias y manifestaciones artísticas con supuesto valor simbólico, es evidente en distintas regiones europeas ya en el Paleolítico superior, por ejemplo, poniendo de manifiesto la comunicación existente entre los diversos grupos humanos. Es probable que las cerámicas, al menos las decoradas con determinados motivos, pudieran tener un significado que trascendiera la vasija pura y simple.

En todo caso, evidentemente y dada la fragilidad de estos recipientes es lógico pensar en una fabricación a nivel local y no en un intercambio del propio objeto, tal como se ha demostrado. En ningún lugar se han hallado nada que hiciera pensar en el taller de un alfarero. Posiblemente, a estos niveles de la sociedad podemos comprobar el nacimiento de tecnologías nuevas, de nuevas actividades artesanales que, evidentemente no son a tiempo completo y que no tienen porque estar asociadas a personas concretas.

La peor calidad cerámica al avanzar el tiempo que se pone de relieve en la estratigrafía de la Cueva de la Vaquera, así como la ausencia de decoración y la posibilidad de exposición a fuego en otros yacimientos, con la consiguiente variación en las formas, nos estaría hablando, seguramente, de una standardización y una función utilitaria paralela que explicaría esta evo-

lución. No obstante, en general, parece mantenerse la relación buena calidad/determinadas técnicas decorativas, lo que denotaría una especialización y una multiplicidad de usos.

Por lo que respecta a la datación por TL obtenida de la muestra M1: 3.032 ± 336 a.C., sería la tercera existente para la Cueva de la Vaquera. Las fechas radiocarbónicas existentes se repartían de la siguiente forma:

— 1.110 ± 70 a.C., considerada baja en exceso al estar asociada a material celtibérico en los niveles superiores,

— 1.330 ± 70 a.C., estimada como la más correcta y asociada a cerámicas lisas de los niveles medios y

— 3.700 ± 80 a.C., obtenida a 4 m. de profundidad, en los niveles inferiores, considerada baja si se tenía en cuenta el fondo curvo o la almagra, o muy temprana si se consideraba la decoración de boquique (ZAMORA, A., 1976, págs. 63-71).

Evidentemente, con respecto a esta última es con la que es preciso efectuar la valoración. La obtenida por TL supone en todo caso un momento más tardío que la citada. No obstante, dado que no se hace mención del tipo cerámico del que se obtuvo, que son varios niveles (XVIII al XXIII) los que componen este horizonte y que la fecha de C-14 se tomó de la base misma de la excavación, una datación no tendría por qué descartar la otra en principio, sino que podrían determinar dos momentos de este mismo horizonte, ya que la cerámica sobre la que se ha obtenido esta nueva datación se encontraba también en el nivel más profundo de la cueva. El problema reside en que desconocemos la intensidad de ocupación de la misma y si existió o no, continuidad en el hábitat o, simplemente albergó a determinados grupos de manera esporádica. Con todo, la nueva datación tendría que reconsiderarse si se demuestra un desfase continuado entre las fechas de TL y de C14, siendo éste un problema que los investigadores que formamos parte de este proyecto queremos abordar próximamente, con la obtención de fechas de TL en yacimientos con niveles bien datados por C14.

La primitiva valoración de la fecha radiocarbónica hecha por A. Zamora en su momento quedaría modificada en la actualidad, ya que sabemos que la presencia de la decoración de boquique, o punto en raya, o punto y raya en las cerámicas neolíticas andaluzas no es extraña, así como tampoco su asociación con cerámicas a la almagra, fechadas estas segundas por el C-14 en Zuheros (Córdoba) entre el 4.240 y el 3.980 a.C., o en la misma Cueva de Nerja (Málaga):

3.115 a.C. para un momento supuestamente final, o más recientemente con cronologías de un VI milenio para su inicio, con fechas procedentes del citado yacimiento malagueño o de las Cuevas de la Dehesilla (Cádiz) y Chica de Santiago (Sevilla) (PELLICER, M., y ACOSTA, P., 1982). Por tanto la amplitud cronológica para esta especie cerámica es enorme, dada su perduración en momentos postneolíticos.

Con todo, la presencia de almagras y de determinadas decoraciones similares a las andaluzas en el yacimiento segoviano, no nos debe llevar a trasladar el panorama andaluz a una zona tan alejada sin ulteriores consideraciones.

Desde el punto de vista de la economía, tendríamos que concluir que los habitantes de La Vaquera conocían la domesticación de animales (el doble que los supuestamente cazados), siendo los ovicápridos los más destacado, seguidos, por cerdo, vaca, corzo y ciervo. Sin embargo, el NMI no determinado aquí podría hacer variar el orden de importancia de estas especies según su aportación a la dieta alimenticia y, eventualmente, poderse determinar un papel más relevante de la caza. Sin embargo, no podemos pasar de meras especulaciones, lo mismo que en lo relativo al consumo de alimentos de tipo vegetal. La presencia de molinos no presupone forzosamente agricultura. Sin embargo hay que concluir que, si bien no podemos calibrar el papel real jugado por la economía productora, al menos es clara su presencia aunque sea de forma parcial (RUBIO, I., 1988, pág. 394).

El Neolítico de la Meseta no es demasiado conocido. Las razones son varias. La más importante en nuestra opinión es, seguramente, la ausencia de estratigrafías y también de secuencias cronológicas. Como alguno de nosotros ha puesto ya de manifiesto (RUBIO, I., 1983 y 1985), la opción parecía ser el estudio tipológico de los materiales por comparación con otras áreas peninsulares donde el fenómeno de la neolitización era bien conocido en sus más variados aspectos. Otra posibilidad a la espera de disponer de estratigrafías, podía ser la obtención de dataciones de cronología absoluta que, como en este caso, pudieran tener ya algún punto de referencia. De este modo, podríamos al menos, esbozar la situación del interior peninsular, en momentos en que otras áreas, estaban desarrollando culturas más o menos conocidas y fechadas. Pero veamos de que modo encajaría esta datación en el contexto de las que ya poseemos.

¿Cuáles son las cronologías más o menos cercanas existentes en la Meseta? Hasta el momento presente podemos citar las siguientes:

— *Abrigo de Verdelpino* (Cuenca) (FDEZ. MIRANDA, M., y MOURE, A., 1975):

- C.S.I.C. 153 B: $7.950 \pm 150 = 6.000$ a.C.
- C.S.I.C. 150 B: $5.170 \pm 130 = 3.220$ a.C.
- C.S.I.C. 152 B: $5.120 \pm 130 = 3.170$ a.C.
- C.S.I.C. 151 B: $4.630 \pm 130 = 2.680$ a.C.

— *Sepulcro de corredor de Ciella* (Sedano, Burgos) (DELIBES, G. *et al.*, 1987, págs. 186-187):

- Gr N-12.121: $5.290 \pm 40 = 3.340$ a.C.

— *Túmulo de El Miradero* (Villanueva de los Caballeros, Valladolid) (DELIBES, G. *et al.*, 1986, págs. 227-236):

- Gr N-12.101: $5.155 \pm 35 = 3.205$ a.C.
- Gr N-12.100: $5.115 \pm 35 = 3.165$ a.C.

Estos datos nos llevan a plantear la valoración de nuestra datación en dos direcciones: su encuadre en el contexto de los yacimientos definidos como neolíticos y su coincidencia con el fenómeno megalítico que hunde sus raíces en el mundo neolítico e incluso anterior, considerado en toda su amplitud y complejidad.

En principio, no parece aconsejable paralelizar lo hallado en un yacimiento de la meseta norte con el abrigo conquense y, no sólo por su situación geográfica, sino también por los materiales de uno y otro. Cada uno de ellos parece poderse asimilar a un ambiente determinado.

Verdelpino miraría más bien hacia el mundo valenciano con el que existe una vía natural de acceso por el río Júcar. No entramos aquí en consideraciones sobre la fecha del 6.000 ya suficientemente conocida y discutida, restándonos únicamente por señalar como la cerámica fechada en el IV^o milenio correspondería a impresas e incisas (la decoración de punto y raya entre ellas), o en relieve, asemejándose al Neolítico avanzado ejemplificado en Cova Fosca (Castellón). No obstante, sus porcentajes se mantienen siempre por debajo de las lisas. Para MARTÍ (1978, pág. 93), las cerámicas decoradas de este yacimiento encajarían perfectamente con ese mundo de decoraciones no cardiales que se perfila en las áreas catalana, valenciana y andaluza desde finales del V^o milenio.

Por tanto, la asimilación del abrigo de Verdelpino al área valenciana parece clara, debiendo por tanto buscar las semejanzas en otros hallazgos que no faltan, en el momento actual, en otras provincias mesetañas. Una reciente síntesis (MUNICIO, L., 1988) permite conocer mejor el panorama, pero también constatar que el criterio tipológico es el que, por imperativos derivados del carácter de los hallazgos, es el que sigue teniendo la primacía. Por esas mismas causas, tam-

bién nosotros nos vemos obligados a contemplar este tipo de relación entre yacimientos.

Tal como Municio pone de manifiesto (MUNICIO, L., 1988, págs. 299-327), han proliferado los hallazgos tanto en cueva como al aire libre. Los materiales cerámicos fundamentalmente son los que permiten establecer paralelos y refuerzan, en opinión de varios autores, el parecido con los yacimientos andaluces.

La Cueva del Aire (Patones, Madrid) (FERNÁNDEZ POSSE, M.^a D., 1980) ha proporcionado asimismo almagras o aguadas en las formas decoradas. Se hallan igualmente las formas de «botella», acanaladuras o incisiones combinadas con impresiones o pequeños trazos. En la misma línea estarían las cerámicas de la Cueva de la Higuera, en el mismo término madrileño (yacimiento inédito, salvo noticias en ANTONA, V., 1987, págs. 51-52). El yacimiento del km. 3,5 derecha de la carretera de San Martín de la Vega, también Madrid, muestra materiales paralelizables a los de La Vaquera (MERCADER, J., CORTÉS, A.F., y GARCÍA, M.^a E., 1989), y la forma de «botella» y los cordones decorados hacen su aparición en el Arenero de Arganda (Madrid) (MERCADER, J., CORTÉS, A.F., y GARCÍA, M.^a E., 1989). Muy posiblemente no serán los únicos materiales con estas características existentes en la provincia de Madrid, si se efectúan revisiones entre los hallados en momentos anteriores, que permanecen total o parcialmente inéditos.

Fuera de la provincia de Madrid otros yacimientos han proporcionado cerámicas similares. Entre las publicadas de la Galería del Sílex de la Cueva de Atapuerca (Burgos), procedentes de un ambiente funerario, uno de los fragmentos presenta una decoración de líneas horizontales, seguramente hechas con boquique, jalonadas por impresiones. Otras formas recordarían a las andaluzas, pero también existen piezas (la decorada con un antropomorfo) que plantearían problemas en cuanto a su cronología y cuyo motivo decorativo se repite en el arte parietal del mismo yacimiento (MUNICIO, L., 1988, págs. 313-314; DELIBES, G. *et al.*, 1985, pág. 26-27). Esta última coincidencia es semejante a la de las decoraciones cardiales citadas con el arte de la zona. Sin embargo, no creemos que sea el lugar adecuado para plantearnos la problemática del yacimiento burgalés en sí mismo.

De la misma manera, la Cueva de la Nogalera (Villaseca, Segovia) (MUNICIO, L., 1988, págs. 315-316), igualmente sin estratigrafía, ofrece cerámicas a la almagra o con aguada, la decoración de punto y raya, los motivos con impresiones o incisiones que hallábamnos en La Vaquera.

Finalmente, otros dos yacimientos habían sido incluidos ya por otros autores en el Neolítico meseteño: el Altotero de Mondúbar (Burgos) y la Peña del Bardal (Diego Álvaro, Ávila). En el primero de los casos, la cerámica decorada son tres fragmentos únicamente, en los que vuelven a repetirse las acanaladuras flanqueadas por impresiones y algún motivo en relieve (ARNAIZ y ESPARZA, 1985, pág. 13). El yacimiento abulense proporcionó cerámica con decoración de punto y raya, incisiones anchas combinadas con impresiones y algunos elementos en relieve. Todo ello abogaría por su inclusión en el Neolítico. La presencia de otros elementos (pastillas repujadas o algún motivo zoomorfo esquemático) plantearían problemas de atribución cronológica (MUNICIO, L., 1988, págs. 318-319; DELIBES, G. *et al.*, 1985, pág. 23). Sin embargo, la presencia de motivos zoomorfos esquemáticos en las cerámicas neolíticas no es un hecho ni mucho menos extraño, tanto en Andalucía como en el área valenciana, aunque sí escaso.

Según lo expuesto, cabe señalar que se perfila, en los últimos tiempos, un Neolítico meseteño circunscrito a las provincias de Segovia, Ávila, Burgos y Madrid por el momento, cuyas características serían los siguientes:

- formas globulares con cuello alto («botella»),
- presencia de almagras o aguadas rojas a ocres,
- decoraciones de punto y raya, incisiones anchas, prácticamente acanaladuras, flanqueadas a veces por impresiones o pequeñas incisiones, motivos en relieve sobre los que se realizan también incisiones o impresiones, por lo que respecta a la cerámica.

Teniendo en cuenta además otros yacimientos (MUNICIO, L., 1988, págs. 323-324), podrían señalarse además otros rasgos:

- asentamiento en cueva y al aire libre,
- escaso conocimiento del mundo funerario,
- deficiente conocimiento de la industria lítica, con alta proporción de útiles sobre lasca en primer lugar y una apreciable presencia de la talla laminar, además del elemento microlítico muy escaso,
- por último, la presencia de útiles pulimentados es tan débil que no permite ninguna consideración.

La cronología de este grupo tendría que estar datada exclusivamente por las fechas de La Vaquera si atendemos a la cronología absoluta. Para poder establecer adecuadamente los paralelos con Andalucía faltarían los hitos intermedios. Además ello nos llevaría a plantearnos, de forma implícita, el origen de este Neolítico meseteño, lo cual a nuestro modo de ver es

un tanto prematuro hasta no estar más definido este grupo.

Por lo que respecta a la Cueva de la Vaquera en concreto no se da en absoluta el microlitismo, ni geométrico, ni laminar, ni el pulimento de la piedra, aunque sí algún punzón de hueso, único testimonio de industria ósea en los yacimientos de la Meseta. Sería además el único yacimiento que ha suministrado datos sobre economía en este mismo ámbito.

Si aceptamos la cronología del yacimiento estaría concluir que el Neolítico en él representado haría coincidiendo en el tiempo con un momento avanzado (medio y final) del Neolítico andaluz, reflejado en los citados yacimientos de La Dehesilla, Cueva Chica de Santiago o Nerja (PELLICER, M., y ACOSTA, P., 1982, pág. 60), que se extendería a la mitad del Vº milenio y durante todo el IVº.

En otras áreas como Cataluña, la cultura de los sepulcros de fosa se situaría, según el C-14, desde los inicios del IVº milenio hasta el final del IIIº, si bien, hasta los inicios del IVº milenio llegarían algunas fechas de yacimientos con niveles epicardiales (Cueva del Parco, Lérida). Del mismo modo, los momentos epicardiales constatados en Aragón se han fechado por el C-14 desde finales del V milenio hasta la mitad, o incluso final, del IVº (Cueva del Moro, Huesca) (LÓPEZ, P., 1988).

La coincidencia con el fenómeno megalítico viene señalada por los yacimientos de Burgos y Valladolid ya citados.

El sepulcro de corredor de Ciella es similar en planta al de Las Arnillas, asimismo en Sedano, que cuenta con una cronología del IIIº milenio. La datación existente para el que nos ocupa correspondería al momento fundacional del mismo. Los ajuares denotan un parentesco del grupo megalítico del N.W. de Burgos con el foco riojano de Álava y Logroño (microlitos geométricos, hojas, hachas, cuentas de lignito y algún punzón de hueso hallado en Porquera de Burtrón) (DELIBES, G. *et al.*, 1987, págs. 185-187).

El túmulo de El Miradero en Valladolid no tiene una construcción megalítica propiamente dicha, planteándose la posible existencia de una estructura de madera (DELIBES, G. *et al.*, 1987, pág. 183), lo que recordaría a lo planteado para la Europa nórdica y atlántica, pero no para la Península. El ajuar se compone de hachas, hojas, microlitos geométricos, punzones y piezas de hueso semejantes a ídolos del sur del País Vasco, cuentas de dentalium y recipientes en forma de botella macizos, con un carácter supuestamente votivo (DELIBES, G. *et al.*, 1987, págs. 183-184).

A modo de comparación podemos incluir las fechas del yacimiento alavés de Fuente Hoz (Anúcita): 3.290 y 3.210 a.C. (BALDEÓN, A., y ORTIZ, L., 1983, pág. 49), para el nivel más moderno, con un enterramiento colectivo, con un ajuar con geométricos, fauna, un punzón, una espátula ambos de hueso y una sola vasija cerámica lisa.

Todo ello señalaría cómo en el último tercio del IV^o milenio el fenómeno megalítico se hallaba ya implantado en el valle medio y alto del Duero e, incluso, en la zona meridional del País Vasco.

Es interesante remarcar la dualidad de enterramientos fechada: uno megalítico en sentido estricto y otro con una posible estructura de madera, similar a las de las áreas europeas con cronología más antigua, pero megalítico en cuanto a ritual, fenómeno éste bien definido ya por los estudios más recientes sobre megalitismo. Si su diferencia se debe a condicionamientos de tipo geolítico o no, como señala DELIBES (1987, pág. 187), es otra cuestión.

El enraizamiento con momentos anteriores que generalmente se apoya sobre todo en la industria lítica (microlitos geométricos), está aquí presente, aún cuando no se encuentre en los yacimientos supuestamente neolíticos de la Meseta, como tampoco es semejante el resto del ajuar.

Desde luego, las cronologías de los megalitos portugueses proporcionaron fechas anteriores, bien las obtenidas por el C-14 (3.830 a.C. para Outeiro de Ante) y desde luego las de TL (mediados del V^o milenio para el área de Reguengos), lo cual estaría en consonancia con las del resto de la fachada atlántica. Esto apoyaría la idea de la recepción del nuevo ritual a partir de la zona megalítica occidental para la Meseta y su conexión con el fenómeno dolménico vasco (DELIBES, G. *et al.*, 1987, pág. 197). La expansión del megalitismo portugués tendría, en opinión de DELIBES y SANTONJA (1986, págs. 198-199), su implantación en tierras salmantinas hacia la mitad del IV^o milenio.

Para estos mismos autores (DELIBES, G., y SANTONJA, M., 1986, pág. 201), la aparición del megalitismo en el occidente de la Meseta se debe a la primera ocupación sistemática del suelo, consecuencia quizá de la llegada de nuevas gentes y del probable aumento demográfico, pero tampoco descartan que fuera la simple asimilación de una idea aportada en el IV^o milenio por los que fueron desde el sur y oeste de Portugal hasta el occidente de la Meseta, interesados por materias primas como la variscita.

Realmente, las especulaciones sobre el poblamiento meseteño de estas y anteriores etapas, así como el

aumento demográfico atribuido a determinados momentos, no pasan desgraciadamente por ahora de intentos, verosímiles desde luego, de explicación. Con todo, la supuesta despoblación de la Meseta no debe haber sido tan marcada en ningún momento, baste recordar la riqueza del mundo paleolítico en la misma. Pero, ciertamente, el Epipaleolítico es prácticamente desconocido. Nuestra opinión es que esta impresión puede deberse, sobre todo a lagunas en la investigación que podrían irse rellenando, poco a poco, como sucede en el Neolítico. La idea expuesta por Delibes (DELIBES, G. *et al.*, 1985, pág. 26), de que el Neolítico meseteño está constituido por colonizaciones humanas procedentes del sur, no parece tener un reflejo muy claro en el registro arqueológico. Pudo haber aportaciones humanas, además de técnicas o ideas, pero no hay que olvidar a la población preexistente. La escasez de yacimientos que él atribuye a la similar escasez demográfica, o a lo poco favorable de la agricultura en este área (lo cual tampoco la haría muy atractiva a los colonizadores), puede tener, no lo olvidemos causas inherentes a la investigación ya expuestas. El asentamiento en serranías y puntos montañosos de notable altitud, como él señala, podrían avalar la idea de un mayor hincapié en la ganadería, lo cual puede ser perfectamente admitido, ya que cada grupo se adapta a las condiciones ambientales y ello se reforzaría también con los datos de fauna de La Vaquera. Sin embargo, no debemos olvidar los poblados al aire libre y la presencia de molinos en este mismo yacimiento que, aunque escasos, atestiguarían el consumo de especies vegetales (no forzosamente cultivadas), a no ser que se destinaran a moler sustancias colorantes, por ejemplo, dato éste que no se hace constar en la publicación. Por último, esta poca facilidad para la agricultura no justificaría por sí sola el vacío meseteño.

Así, en el último tercio del IV^o milenio, encontraríamos, por una parte, yacimientos en cueva y al aire libre (alguno pudo haberse iniciado a principios del milenio), con materiales que podríamos calificar como propios de un Neolítico antiguo de la zona y tardío con respecto al resto de la Península y conocimiento, al menos, de la ganadería. Por otra, hallaríamos testimonios del fenómeno megalítico con cronología bastante temprana, comparada con las de otras áreas peninsulares, excepto la portuguesa, y ajuares distintos de los materiales neolíticos. El microlitismo geométrico denotaría entonces un enraizamiento con comunidades epipaleolíticas de la zona no conocidas hasta ahora, o bien foráneas si se admite la llegada no solo del ritual. Por tanto, en un momento dado parecen coexis-

tir dos tendencias culturales distintas. Si el fenómeno megalítico lo interpretamos desde el punto de vista de su función social, podemos concluir que son gentes con actividades diferentes o con una organización social distinta, que construyen sus monumentos o adoptan este ritual, quizá, precisamente para diferenciarse de otros grupos asentados también en la zona y delimitar así grupos y territorios.

Por el momento, parece conveniente dejar planteadas estas cuestiones a la espera de poseer un mejor conocimiento de materiales, secuencias y dataciones que permitan poder perfilar, a través de ellas mismas, los rasgos de los grupos que habitaban la Meseta en el IV^o milenio y poder determinar con mayor claridad y verosimilitud los procesos económicos, culturales y sociales de un área, no por desconocida menos interesante.

Bibliografía

- ANTONA, V., *El Neolítico*, en «130 años de arqueología madrileña», Comunidad de Madrid, 1987, págs. 45-58.
- APELLÁNIZ, J.M., y URIBARRI, J.L., *Estudios sobre Atapuerca, I. El Santuario de la Galería del Sílex*, «Cuadernos de Arqueología de Deusto», n^o 5, 1976.
- ARNAIZ, M.A., y ESPARZA, A., *Un yacimiento al aire libre del Neolítico interior: el Altotero de Mondúbar (Burgos)*, «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología», LI, Valladolid, 1985.
- BALDEÓN, A., y ORTIZ, L., *Fuente Hoz. Cazadores y pastores en la prehistoria de Álava*, Diputación Foral de Álava, s.a.
- BALDEÓN, A. et al., *Excavaciones en el yacimiento de Fuente Hoz (Anúcita, Álava)*, «Estudios de Arqueología Alavesa», n^o 11, 1983, págs. 7-67.
- CAPEL, J. et al., *Algunos aspectos del proceso de manufacturación de cerámicas neolíticas. Estudio del contenido en desgrasantes mediante lupa binocular*. «Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada», 7, 1982, págs. 73-111.
- CAPEL, J. et al., *Contribución de la geoquímica al estudio de la investigación prehistórica*, «Homenaje a L. Siret», 1986, págs. 119-129.
- CAPEL, J. et al., *Cerámicas con decoración a la almagra: identificación y caracterización de los términos almagra, aguada y engobe. Proceso decorativo*, «Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada», n^o 9, 1984, págs. 97-114.
- DELIBES, G. et al., *Dólmenes de Sedano. El sepulcro de corredor de Ciella*, «Noticiario Arqueológico Hispánico», n^o 14, 1982, págs. 149-196.
- DELIBES, G. et al., *La Prehistoria del valle del Duero*, «H^a de Castilla y León», 1, Ed. Ámbito, Valladolid, 1985.
- DELIBES, G., y SANTONJA, M., *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Salamanca, 1986.
- DELIBES, G., ALONSO, M., y GALVÁN, R., *El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de los Caballeros (Valladolid)*, «Estudios en Homenaje al Prof. Beltrán», Zaragoza, 1986, págs. 227-236.
- DELIBES, G., ROJO, M.A., y SANZ, C., *Dólmenes de Sedano II. El sepulcro de corredor de las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)*, «Noticiario Arqueológico Hispánico», n^o 27, Madrid, 1986, págs. 7-39.
- DELIBES, G., ALONSO, M., y ROJO, M.A., *Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano*, «El megalitismo en la Península Ibérica», Madrid, 1987, págs. 181-197.
- DELIBES, G., y ESPARZA, A., *Neolítico y Edad del Bronce*, «H^a de Burgos», Tomo I: Edad Antigua, Caja de Ahorros Municipal de Burgos, 1985, págs. 117-177.
- EL NEOLITIC VALENCIA. *Els primers agricultors i ramaders*, S.I.P., Valencia, 1987.
- EL NEOLITIC VALENCIA. *Art rupestre y cultura material*, S.I.P., Valencia, 1988.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., y MOURE, A., *El abrigo de Verdelpino (Cuenca): un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica*, «Noticiario Arqueológico Hispánico», Prehistoria, n^o 3, 1975, págs. 190-235.
- FERNÁNDEZ POSSE, M^a D., *Los materiales de la cueva del Aire de Patones (Madrid)*, «Noticiario Arqueológico Hispánico», n^o 10, 1980, págs. 39-64.
- GALLART, M^a D., *La tecnología cerámica neolítica valenciana*, «Saguntum», n^o 15, Valencia, 1980, págs. 56-91.
- GUTIÉRREZ, A., *Miscelánea arqueológica de Diego-Alvaro*, Excm. Diputación Provincial de Ávila, 1966.
- GUTIÉRREZ, A., *El poblado eneolítico de la Peña del Bardal. Diego Álvaro (Ávila). Campaña de 1958*, VII C.A.N. (Barcelona, 1960), 1962, págs. 162-172.
- HERNÁNDEZ, M.S., FERRER, P., y CATALÁ, E., *Arte rupestre en Alicante*, Fundación Banco Exterior y Banco de Alicante, 1988.
- LÓPEZ, P., *Repertorio de fechas de C-14 para el Neolítico español*, en LÓPEZ, P. (Coord.), «El Neolítico en España», Ed. Cátedra, Madrid, 1988, págs. 419-424.
- MARTÍ, B., *El Neolítico valenciano*, «Saguntum», 13, Valencia, 1978, págs. 59-98.
- MARTÍ, B. et al., *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*, vol. II, S.I.P., n^o 65, Valencia, 1980.

- MERCADER, J., CORTES, A.F., y GARCÍA, M.^a E., *Materiales neolíticos en el valle del Jarama (Arganda, Madrid)*, «Trabajos de Prehistoria», n.º 46, Madrid, 1989, págs. 255-260.
- MERCADER, J., CORTES, A.F., y GARCÍA, M.^a E., *Nuevos yacimientos neolíticos y de la Edad del Bronce en el término municipal de Madrid*, «Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas» 1989, págs. 21-82.
- MOURE, A., y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *El abrigo de Verdelpino (Cuenca) Noticia de los trabajos de 1976*, «Trabajos de Prehistoria», n.º 34, Madrid, 1977, págs. 31-83.
- MUNICIO, L., *El Neolítico en la Meseta Central española*, en LÓPEZ, P. (Coord.), «El Neolítico en España», Ed. Cátedra, Madrid, 1988, págs. 299-327.
- NAVARETE, M.^a S., y CAPEL, J., *Algunas consideraciones sobre la cerámica a la almagra del Neolítico andaluz*, «Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada», n.º 5, 1980, págs. 15-35.
- OLARIA, C., *Aportación al conocimiento de los asentamientos neolíticos en Cova Fosca (Castellón)*, «Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense», 7, 1980, págs. 31-87.
- PELLICER, M., y ACOSTA, P., *El Neolítico antiguo en Andalucía occidental*, «Le Neolithique ancien méditerranéen», Montpellier, 1981, 1982, págs. 49-60.
- RUBIO, I., *Del Paleolítico al inicio de la Edad de los Metales en Madrid*, «Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología», diciembre 1983, n.º 18, págs. 4-14.
- RUBIO, I., *El Neolítico en Madrid. Estado de la cuestión*, «Madrid. Objetivo cultural», 1985, págs. 23-29.
- RUBIO, I., *La economía de subsistencia en el Neolítico hispano*, en LÓPEZ, P. (Coord.), «El Neolítico en España», Ed. Cátedra, Madrid, 1988, págs. 337-418.
- WALKER, M., *El Prado de Jumilla y el problema de la cerámica de cestería del Eneolítico del Sureste peninsular*. «Homenaje a Jerónimo Molina», Murcia, 1990, págs. 73-76.
- ZAMORA, A., *Excavaciones de la cueva de la Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)*, Excma. Diputación de Segovia, 1976.